



NUESTRO DESEO *navideño*

MARIA BEATOBE

*NUESTRO
DESEO
NAVIDEÑO*

María Beatobe

© Título original: Nuestro deseo navideño.

María Beatobe

1ª edición, noviembre 2023.

Diseño de portada: Adyma Design (Marien Sabariego)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Un cuerpo y una bonita cara...gustan.
Pero un corazón humilde y sincero, enamora.
Mafalda



Ni en mis peores pesadillas pensé que esto me pudiera llegar a pasar. Según el parte meteorológico ¡la tormenta de nieve no se iniciaría hasta pasadas las diez de la noche! Y ahí estaba yo, muerta de miedo, entrando en Greenfield, el pueblo de mi tía Agnes, para pasar la Nochebuena con ella. Sin embargo, la visibilidad cada vez era menor. La nieve no me dejaba ver más allá de un palmo de distancia, y mi coche, un Volkswagen Beetle, no estaba precisamente preparado para soportar según que declives meteorológicos. Yo era bastante despistada y mi padre siempre me decía que dejara de pensar que el mundo solo giraba por mí, así que tendría que haberle hecho caso y haber venido más preparada.

Mi madre me había aconsejado que saliera con antelación, y eso hice. Sin embargo, el tiempo había decidido unilateralmente y sin contar con nadie, cambiar antes de lo previsto y que me encontrara muy asustada, dentro del coche, prácticamente con la cara pegada a la luna delantera, por si así, ilusa de mí, podía ver más.

Las ruedas traseras patinaban con cada ligero movimiento de volante, no había ningún coche ni delante ni detrás de mí. Estaba más perdida que un gato negro en una habitación llena de espejos rotos, buscando desesperadamente la mala suerte. Y ¿sabéis qué? Que jamás la encontraría porque me la había llevado toda yo solita esa tarde.

Cada vez había una menor visibilidad y teniendo en cuenta que mi sentido de la orientación parecía estar de vacaciones permanentes, no encontraría el camino a casa de mi tía Agnes ni aunque mi vida dependiera de ello.

Conseguí entrar en el pueblo, que ya fue bastante, pero mi tía Agnes vivía a las afueras. Imposible adentrarme con el coche por esos caminos y claro, no había ni un alma por la calle principal, que era donde me encontraba. Greenfield era un pueblo pequeño, alejado de la gran ciudad, pero precioso en esas fechas. La nieve lo cubría todo y el humo de las chimeneas encendidas le daban un olor especial. Yo, que vivía en todo el centro de la ciudad, me movía como pez en el agua entre grandes avenidas, con mareas de gente y altos edificios. Pero aquí no, este espacio no lo dominaba. No había vuelto a casa de mi tía desde que tenía diez años, y ahora, con diecinueve, volvía a pasar la Nochebuena con ella. Necesitaba un respiro. Las clases habían sido bastante intensas y había tenido un par de discusiones con mis padres por temas de estudios. Mi tía vivía sola, y como ellos tenían que trabajar, decidí que sería un buen momento para ir a visitarla, pasar la noche con ella y despejarme un poco.

Y precisamente el día en el que decidí volver a sumergirme en la alegría navideña junto a mi adorada tía octogenaria, ¿qué sucede? ¡Simplemente una tormenta de nieve monstruosa que parece sacada de una película de terror! y estaba segura de que el Yeti tenía reservado su paseo nocturno por aquí en cualquier momento. Solo me faltaba esto para completar mi experiencia navideña perfecta.

Estaba asustada, no me atrevía a seguir conduciendo y que mi coche y yo acabáramos empotrados contra una fachada, así que decidí parar, como pude y donde pude. Total, no creía que la policía en ese momento tuviera otra cosa mejor que hacer que multarme a mí.

Las rachas de viento aumentaban de intensidad por segundo. Aguardé dentro del coche y sentí como con la fuerza que rugía el viento, mi coche respondía balanceándose ligeramente. Hacía mucho frío, no podía quedarme ahí, moriría congelada. Por descontado, la gasolina no aguantaría toda la noche con el coche arrancado para poner la calefacción.

¿Qué podía hacer? A ver, era una chica a la que, por suerte o por desgracia, las cosas se las daban siempre resueltas, y claro, esto venía a decir que resolutiva, lo que venía siendo resolutiva, no era.

Así que decidí llamar a mi tía, a ver si ella podía sacarme del atolladero. Nada más descolgar, lloriqueé, le conté lo que ocurría y le informé de mi ubicación. Le dije, al borde de un ataque de nervios, que qué podía hacer, que estaba en el coche y temía transformarme en un cubito de hielo.

—Tía Agnes, ni llego a tu casa ni me llega la gasolina para pasar la noche. Y no hay nadie por la calle —dije agobiada mirando a un lado y a otro.

—Cands, escúchame. Mira a ver si hay luz en la tienda de música —respondió con un tono bastante más calmado que el mío.

—¿Tienda de música?

—Sí. Se llama Vinyl Haven. Búscala.

Miré nerviosa a mi alrededor. Únicamente veía luz en algunas casas, pero en los locales no...un momento, uno de ellos sí tenía la luz encendida, pero parecía cerrado. En el escaparate había discos de vinilo. Se lo comuniqué a mi tía y ella enseguida reaccionó.

—Ve allí, es la tienda del señor Hoobs.

—¿El señor Hoobs? Y ¿qué hago allí? ¿Qué le digo? —balbuceé mientras las preguntas se me atropellaban en los labios.

Os he dicho que lo de la resolución de situaciones delicadas no era algo que me caracterizara. Pero, esta circunstancia, estaba mucho de las que mis padres me sacaban airosa.

—Solo entra y cobíjate, Cands, es peligroso que te quedes el coche, hazme caso. Aquí las tormentas de nieve son muy intensas y la temperatura de madrugada baja en picado. Dile que eres mi sobrina. Te tratará bien. Confía en mí.

—Pero, tía Agnes...

—No me contradigas, jovencita. No me hagas enfadar y obedece.

—Es que es Nochebuena...—lloriqueé.

—Y dejará de ser buena si no sales del coche inmediatamente y entras en la tienda.

El tono de mi tía provocó que me retrepara en el coche y me hiciera más pequeña. Parecía que las tormentas de nieve eran más peligrosas de lo que yo pensaba.

—Está bien. Lo haré.

—Mañana por la mañana todo habrá terminado, pasarán las quitanieves y podrás venir. Celebraremos lo que sea necesario, pero ahora ya sabes lo que tienes que hacer.



Nunca había escuchado a mi tía hablarme en esos términos. Ella era como la mujer de David el Gnomo, con una sonrisa amable, gesto relajado, nunca una palabra más alta que la otra, pero se había convertido en el horrible Troll. Así que me puse el gorro de lana gris, rodeé la bufanda roja por mi cuello, me coloqué los guantes y cogí el bolso. Pero antes guardé mi cámara Polaroid dentro de él. Después salí del coche. Una oleada de frío me congeló hasta el cerebro y tuve que agarrarme al espejo retrovisor porque el viento era tan fuerte que me desestabilizó.

Y ahí estaba yo, con los botines de tacón hundiéndose en la nieve, mientras sentía cómo mis pies se congelaban sin piedad. Qué brillante idea la mía, ¿verdad? Optar por el estilo sobre la practicidad. Me arrastré torpemente hasta la puerta de la tienda de música, preguntándome en qué momento de mi vida había decidido que los botines eran adecuados para una tormenta de nieve.

Llamé con los nudillos en el cristal, pero nadie me abrió. Me asomé por la cristalera que hacía las veces de escaparate y aunque había luz, no veía a nadie por allí. Así que insistí, pero no obtuve respuesta. Sin embargo, cuando sacaba el teléfono para llamar a mi tía y decirle que el señor Hobbs no estaba, una silueta se acercó hasta la puerta. Los copos y el aire no me dejaban ver bien, pero por lo visto, sí que había alguien.

Tiritaba, estaba muerta de frío y solo llevaba unos segundos fuera del coche. O me abriría pronto la puerta o me tendría que descongelar frente a la calefacción como un helado en pleno invierno.

Cuando la puerta se abrió, me recibió un chico de unos veintipocos años, con gesto extrañado.

—Está cerrado —informó con el ceño fruncido.

—¿Qué? —respondí confusa— ¡Ya lo sé! ¡No creo que con este tiempo venga nadie a comprarte un disco!

—¿Entonces? ¿Qué haces aquí?

«¿En serio se pensaba que yo era una posible clienta?»

—Soy la sobrina de Agnes, con este tiempo no puedo llegar hasta su casa y me ha dicho que igual podrías dejar que me quedara aquí, hasta que pasara la tormenta.

—¿De la señora Taylor?

—Así es —respondí tiritando cada vez más.

Se tomó unos segundos antes de responder. Me recorrió con la mirada de arriba abajo y después, esbozando una media sonrisa, respondió.

—Tienes suerte de que Agnes me caiga bien. —Y se dio la vuelta dejando la puerta abierta, para que yo pasara, desapareciendo de mi vista al adentrarse en un cuarto ubicado al final del local.

—Vaya, que suerte la mía —mascullé entrando y cerrando tras de mí.

La estancia olía a madera, era acogedora. Las paredes estaban revestidas con paneles en tonos cálidos, lo que le daba a la tienda un aspecto rústico y encantador. Pequeñas luces suaves iluminaban el pasillo entre expositores, creando un ambiente íntimo y agradable que invitaba a quedarte y explorar.

La tienda estaba organizada meticulosamente, con estantes llenos de tesoros musicales que abarcaban décadas y géneros. Mis ojos se perdían entre las portadas artísticas que decoraban cada rincón, revelando una cuidada selección de álbumes de rock clásico, jazz y ediciones especiales. Cada sección contaba una historia, y me sentí tentada a explorarlas todas. La iluminación tenue creaba una atmósfera íntima, resaltando las obras de arte en forma de portadas que adornaban los vinilos.

Me sacudí la nieve en la entrada mientras observaba la decoración del local, sin embargo, del chico, ni rastro.

—¿Señor Hobbs? —llamé.

—El señor Hobbs está en casa, si quieres decirle algo puedo llamarle —respondió saliendo de la trastienda con una taza de algo humeante entre las manos.

—Oh, pensé que...

—Yo soy Zack Hobbs, su hijo —afirmó tendiéndome su mano.

—Mi nombre es Cands Fisher. Gracias por dejarme entrar y poder cobijarme —agradecí al tiempo que apretaba la suya en un saludo cordial.

Arrugó el entrecejo.

—¿Cands?

—Sí, bueno, así me llaman, aunque en realidad mi nombre es Candy.

Alzó las cejas, divertido.

—¿Candy? ¿Tus padres te engendraron en un Belros?

Eso sí que no me lo esperaba. Pero, ¿cómo podía decirme algo así sin conocerme de nada!

—Eso no ha tenido gracia —respondí indignada.

—Tampoco pretendía que la tuviera.

Sonrió y se dirigió hacia el mostrador de la tienda. Dejó la taza a un lado y sacó una libreta. Pasó unas cuantas páginas y comenzó a apuntar algo en ella.

—¿Esta es la persona que, según mi tía, iba a acogerme? Igual habría estado mejor en el coche, muerta de frío —mascullé frotándome las manos heladas.

Miré a mi alrededor, sin saber muy bien que hacer.

—Y ¿sabes más o menos cuando la tormenta amainará?

Alzó la mirada hacia mí para después hacerlo hacia la ventana. La nieve caía en abundancia y el viento era cada vez más potente. Negó con la cabeza.

—No sé. Puede que mañana, pasado mañana... —respondió volviendo la mirada a la libreta.

—¿Qué? ¡No pienso pasar aquí tanto tiempo!

—¿No? Pues adelante —señaló la puerta con la mano— te aconsejo que te abrigues bien.

Empecé a dar vueltas por la tienda, nerviosa, esto no era a lo que yo había venido a Greenfield.

—Pero... ¡esta noche es Nochebuena!

—Gracias por la información, no lo sabía —añadió con ironía sin despegar la atención en lo que apuntaba.

—Esto no me puede estar pasando —dije sacando el móvil del bolso—. Tiene que haber alguna forma de...

—¿Salir de aquí?

Le lancé una mirada asesina.

—Está jodido, pero puede que si te lo propones acabes consiguiéndolo. Aunque igual con los tacones lo tienes difícil.

¡Nadie me advirtió que tuviera que venir ataviada como si fuera a escalar el Everest! Se suponía que yo iba a aparcar frente a la casa de mi tía y ya está. No que tenía que traer esquís.

—Perdona —parpadeé varias veces confusa— ¿te he hecho algo en otra vida o eres así de impertinente siempre?

Negó con la cabeza, divertido. Después respondió.

—Solo con las chicas que se quedan tiradas con el coche en medio de una tormenta de nieve, Candy —dijo poniendo énfasis en mi nombre.

Bufé. Me negaba a pasar la noche con este... maleducado.



Saqué el móvil del bolso y claro, como no podía ser de otra manera, la cobertura brillaba por su ausencia. Alcé el teléfono como si fuera una antena mientras recorría la tienda y miraba la pantalla. Maldita sea, nada. El chico continuaba en el mostrador, ajeno a mi angustia vital, hasta que rompió el silencio con otra de sus geniales noticias.

—No te esfuerces, cuando nieva, apenas hay cobertura.

—Vaya, ¿hay algo más que quieras decirme ahora para terminar de hundirme la vida?

Tenía las botas empapadas, nunca se me había ocurrido incrustarlas en la nieve para ver si calaban. Llamadme rara. Pero por lo visto sí, y me subía todo el frío por las piernas.

—Ey, que yo no tengo la culpa de que hayas acabado aquí, en mi tienda.

Bufé y busqué un sitio donde sentarme. Encontré un taburete en una esquina y me acerqué. Me senté y me quité una de las botas. Efectivamente, el calcetín estaba empapado. ¿Y ahora que hacía? El tiempo no estaba para que volviera a salir a por otro calzado. Las ráfagas de viento cada vez eran más fuertes y probablemente, si saliera fuera, acabaría volando como Mary Poppins, pero sin paraguas.

Me quité la otra bota y lo mismo. Miré a mi alrededor y nada, ni un calefactor cerca. Así hacía el frío que hacía en la tienda. El chico iba bastante abrigado y parecía estar muy calentito. No como yo, que me sentía como una estatua de hielo.

Dirigí la mirada hacia él y le pillé mirándome de reojo, con media sonrisa burlona en su rostro.

—¿Todo bien? —vaciló.

—Estupendamente, ¿no lo ves?

Jamás reconocería ante él que estaba muerta de frío, cabreada y con ganas de tirarle una disco a la cabeza por esos aires de superioridad.

—Lo veo, lo veo.

Entonces dejó de hacer lo que hacía para apoyar los brazos en el mostrador y mirarme.

—¿Necesitas algo?

—¿Qué? ¡No! Estoy muy bien —respondí intentado disimular que mi dignidad caía en picado.

—Vale. Lo digo porque dentro tengo unas deportivas que igual te podrían venir bien para que se secan tus botas, pero si estás bien... —Alzó las manos—, yo no tengo nada más que añadir.

Dejó el mostrador tras de sí para caminar hacia lo que parecía la trastienda y tras un par de minutos que se me hicieron eternos, salir con las zapatillas en la mano.

—Las dejo aquí, aunque sé que no las necesitas, pero nunca se sabe —dijo con un deje

burlón.

La aplastante seguridad de este chico me ponía de los nervios. Se notaba que se manejaba bien en su espacio. Tendría que ver como se desenvolvía en una gran ciudad como en la que vivía yo. Seguro que la sonrisita se le esfumaba de un plumazo.

Dejó las zapatillas justo a mi lado, y después se dirigió de nuevo a la trastienda. Tenía frío y los pies empapados, no era mala idea ponerme sus zapatillas, pero es que ese gesto de sabiondo me exasperaba. Salió de nuevo con unos calcetines doblados, limpios, gordos y sobretodo, secos. Le seguí con la mirada. Los dejó junto a las zapatillas.

—Sé que no te van a hacer falta, no me malinterpretes, pero los dejo aquí por si en algún momento fueran necesarios para... colgarlos del árbol de Navidad. No sé, podría ser ¿no?

¿Lo mato ya o me espero a Navidad? No paraba de vacilarme y yo, que a cabezota no me ganaba nadie, no iba a dejar que ganara el pulso. Volvió de nuevo a la habitación contigua a la tienda que se escondía tras una cortina de terciopelo roja, y yo miraba las zapatillas y los calcetines con ojos golosos. Como no me cambiara de calzado acabaría resfriada, pero me podía más el orgullo que la posibilidad de enfermar.



Habían transcurrido unos diez minutos, y el chico aún permanecía en el interior. El silencio era casi total, interrumpido solo por las ráfagas de viento que hacían temblar los cristales. En un instante, esos cristales vibraron con fuerza, y me sobresalté. El miedo se apoderó de mí. Nunca antes había experimentado algo así, y las ráfagas resultaron más intensas y peligrosas de lo que hubiera imaginado.

En un impulso de supervivencia, me puse de pie para buscar a Zack; estaba segura de que él sabría qué hacer si alguno de los cristales estallaba. Respetando su privacidad, decidí llamarlo desde afuera en lugar de entrar como un elefante en una cacharrería.

—¿Zack?

—¿Sí? —respondió desde dentro.

—¿Te importa si entro contigo?

—No, claro. Adelante.

En la zona posterior de la tienda, tras la cortina, se encontraba la trastienda. Este rincón más íntimo estaba adornado con delicadas luces y algunos pósteres de conciertos. Una pequeña estufa eléctrica emanaba calor, y a través de una ventana, se podía observar cómo los copos de nieve danzaban en la tormenta.

Junto a la pared, en el suelo, había un diminuto colchón cubierto con una colcha gruesa que prometía calidez, y sobre él estaba sentado Zack. Al entrar, apartó la vista de la ventana para posarla en mí. Sus ojos descendieron hacia mis pies, esbozó una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Siempre eres tan cabezota?

—¿Yo? yo no soy cabezota —respondí altiva.

—Claro —asintió con la cabeza—, por eso no eres capaz de ponerte mis zapatillas para que estés, no sé si más cómoda, pero al menos seca.

—Estoy bien.

—No lo estás, pero ¿sabes qué? Que cada uno es dueño de sus propias decisiones.

—Vaya. Aparte de discos, ¿también vendes tazas con frases superprofundas?

Se mordió el labio inferior en un intento de ahogar una sonrisa. No lo consiguió.

—Tienes razón en que hago cosas súper profundas, pero no precisamente con tazas.

El tono de voz que utilizó y lo que dijo no daba lugar a dudas del doble sentido de la frase. ¿En serio íbamos a ir por ahí? Bufé. No le iba a seguir el juego.

Di gracias por la maravilla del calefactor. La sutil subida de temperatura en la habitación merecía un aplauso. Era comprensible que Zack eligiera quedarse aquí eternamente.

—Menos mal que mi tía me dijo que me tratarías bien —ataqué de nuevo.

No permití que me ganara la partida, siempre fui experta en tocar las narices. Que les preguntara a mis padres.

—Creo recordar que te dijo que lo haría el señor Hobbs, es decir, mi padre. Y yo no le veo por aquí —miró alrededor.

De repente, ¡boom!, un estruendo hizo temblar el suelo y adiós electricidad. Ahí estaba yo, en plena oscuridad, sin mover un dedo. Era lo que me faltaba.

—¿Zack? ¿Dónde estás?

—En el mismo sitio que hace escasos segundos —respondió como si nada.

—Muy gracioso.

Estiré la mano y llegué a tocar la pared. Me sujeté a ella como si me fuera la vida en ello.

—¿Me vas a decir también que te da miedo la oscuridad?

Tragué saliva. Por supuesto que me la daba. Pero en ningún caso le iba a reconocer que o se ponía junto a mí y me abrazaba a él como a un koala o me pondría a gritar como una loca en décimas de segundo. Intenté ser lo más diplomática posible.

—A ver —respondí—, no tengo ningún trauma ni nada de eso si es a lo que te refieres, supongo que será algo irracional, pero sí, me asusta la oscuridad.

Entonces di un brinco al sentir que alguien rozaba mi hombro.

—¡Vaya susto, joder! Parece que la sutileza no es precisamente tu fuerte.

—Tranquila, pies mojados. ¿Quién iba a ser sino? Ven, dame la mano y ven conmigo. Tengo una linterna en el mostrador, vamos hacia allí y la cogemos.

Le hice caso, le cogí la mano y sentí una oleada de seguridad que no admitiría ante él ni aunque esa confesión fuera mi última voluntad. Estaba totalmente a su merced. El que se hubiera ido la luz, había hecho que perdiera todo mi poder.

—Y ¿si me choco? —pregunté nada más comenzar a caminar.

—¿En serio crees que sería tan capullo de dejar que te golpearas con algo?

—Yo... no... ¡no lo sé! ¡No te conozco!

—Vale, está bien, en eso tienes razón. Puedo ser un poco cabrón en según qué cosas, pero no dejaría que nadie se golpeará a propósito, ¿me oyes?

—Si. Gracias por la parte que me toca.

—Y en cuanto ponga la linterna, vas a cambiarte los calcetines y el calzado. No me apetece tener que sentirme responsable del resfriado que vas a pillar si no lo haces. ¿De acuerdo?

—Así que aparte de vacilón, de no tener miedo a la oscuridad y de no dejar que me estampe contra un mueble, ¿eres un mandón?

Intuí una sonrisa en su rostro ante mi reflexión.

—No sé si mandón, pero si preocupado.

—¿Por mí? —me detuve mirando a la nada.

—Porque el médico no va a poder llegar aquí mañana.

—Entonces eso me incluye a mí también. Que mono...

—¿Quieres callarte y caminar para ir a por la linterna? A este paso se nos hace de día.

—Mandón.

De nuevo esa intuición de sonrisa.



Cuando llegamos hasta el mostrador y Zack encendió la linterna, iluminó directamente las zapatillas que descansaban en el suelo junto a los calcetines gordos. Chasqueé la lengua y fui a cambiarme el calzado, no porque me lo dijera él, sino porque los dedos de mis pies habían decidido comenzar una huelga y ya no sentía nada. Agradecí ponerme algo seco y aunque tanto los calcetines como las zapatillas me estaban grandes, por lo menos estaba seca y más cómoda.

Zack me dijo que pasara a la trastienda, que hacía menos frío. Sin embargo, aún seguíamos sin luz, lo que afectaba en el calefactor, que lo mantenía apagado. Zack buscó velas y encontró un par en una de las estanterías de la trastienda.

—Voy a tener que salir fuera a ver si han sido los plomos. Es raro que no haya vuelto todavía.

—¿Cómo fuera? —pregunté con recelo.

—En la fachada de la tienda hay un cajetín de la luz y a veces ocurre que salta con las tormentas.

—Pero —respondí sin entender nada—, no puedes salir, ¿tú has visto el viento y el frío que hace? —dije mirando a través de la pequeña ventana que había en la trastienda.

—Solo será un minuto —dijo mientras se levantaba del colchón—. No podemos pasar aquí la noche sin el calefactor.

Me levanté tras él.

—Está bien. Voy contigo.

—¿Cómo? De ninguna de las maneras. Tú te quedas aquí. Con que salga uno ya es suficiente.

Vi cómo se enfundaba el abrigo y se ajustaba el gorro. Con la linterna firme en la mano caminé hasta la puerta. Le seguí. Después se giró hacia mí antes de salir.

—Quédate aquí —me señaló.

—Que si... —resoplé.

—Cierra la puerta cuando salga.

Abrió la puerta, y de repente, nos vimos envueltos en la furia de la tormenta. Cuando él salió, tuve dificultades para cerrarla, necesité un buen empujón para conseguirlo. A través del cristal, observé a Zack luchando para llegar al cajetín. Manipuló algo, la luz volvió, pero la nieve caía con furia, clavándose en sus ojos. Luego, cerró el cajetín y se esforzó por regresar hacia la puerta, aferrándose a la fachada. Justo cuando pensé que lo lograría, resbaló y se golpeó la frente. Por instinto, llevó la mano a ese lugar.

—¡Zack!

Sin dudarle, abrí la puerta y, sin abrigo ni nada más que mi ropa para resguardarme, salí en su ayuda.

—¡Cands! ¡Entra! ¡Estoy bien!

Apenas le podía oír porque el ruido del viento era ensordecedor.

—¡Dame la mano! —le dije sujetándome al marco de la puerta.

Zack la alzó para tomar la mía, y tiré con fuerza para atraerlo hacia mí. Con una mano aferrada a la mía y la otra en su frente, entramos con dificultad en la tienda. Yo primero, seguida de él. Un poco de nieve se coló en el local, y Zack cerró la puerta con determinación antes de echar la llave. Después, furioso, dio la vuelta y se dirigió a mí.

—Pero ¿qué has hecho, Cands!

—¡Salir a ayudarte! ¡¿Es que no lo has visto?! Déjame que te vea el golpe.

—¿No te ha quedado claro que es peligroso salir con este temporal? —me reprochó mientras yo intentaba mirarle la herida.

—¿Y a ti nadie te ha enseñado que hay que ayudar al prójimo?

Entonces me miró, confuso a la vez que divertido.

—¿Al prójimo? No me digas que tú también escribes frases profundas en tazas.

Solté todo el aire que había contenido de manera inconsciente al salir a ayudarlo. Entonces me acerqué a él, y le miré la frente con mayor detenimiento.

—¿Estás bien? —dije analizando el golpe.

—Si —respondió con voz ronca.

—Tienes una magulladura. A lo mejor te viene bien...

—Gracias —interrumpió—. Perdóname, he sido un gilipollas. Pero es que me asustan los temporales y...bueno, que lo siento.

Sonreí.

—Supongo que todos nos ponemos nerviosos en situaciones extremas —añadí.

—Amigos, ¿Candy Fisher? —preguntó tendiendo su mano hacia mí.

—Amigos, Zack Hoobs —respondí acogiéndola con la mía.

—Tienes las manos heladas —dijo cogiéndome la otra—. Vamos a la trastienda, ya funcionará de nuevo el calefactor.

Al entrar, me ofreció sentarme en el colchón, tomando él el taburete donde yo había estado sentada anteriormente.

—Puedes sentarte aquí conmigo —propuse.

—El colchón es bastante pequeño para dos personas, ¿no crees? No suelo tener visita.

—Así estamos más calentitos —sonreí.

Me miró esbozando una media sonrisa teñida de dudas.

—Venga va, mandón, déjame que sea yo ahora la que te ordene algo.

Soltó una carcajada limpia al escucharme, y después se levantó para sentarse junto a mí. Me

coloqué muy cerca de la pared para dejarle espacio y aunque tenía razón en que el colchón era algo pequeño y estábamos muy pegados uno al otro, por lo menos entrábamos en calor.

—Es un colchón de cuna, ¿verdad?

—Así es, era de mi hermana Kylie. Ya tiene una cama de mayor, como ella dice. —Sonreí con ternura—. Lo aproveché porque aquí no me cabe mucho más.

—Es un lugar muy acogedor.

—¿La trastienda?

—No, en general. La tienda tiene encanto.

—Vaya, gracias. Viniendo de ti es todo un halago.

Miré hacia la ventana y la nieve seguía cayendo con fuerza.

—¿Tocas algún instrumento? —pregunté.

—Sí, me defiendo con la guitarra.

—¿Si? ¿Me tocarías algo?

Entonces giró su rostro para mirarme, quedando muy cerca uno de otro. Alzó una ceja y sonrió de manera traviesa. Demasiado como para que no afectara a mi calor corporal.

—¿No crees que es demasiado pronto para eso, Fisher? Aun no conozco ni a tus padres.

Abrí la boca y le di en el hombro.

—¿Qué?

Una risotada espontánea brotó de su garganta. Y sin saber cómo, terminó contagiándome. Podría haberle contestado algo ingenioso, pero me había dejado fuera de juego.

Se levantó y alcanzó una guitarra que descansaba en la pared de enfrente nuestro.

—¿Sabes tocar algo de Richard Marx?

Sonrió.

—Claro.

Los primeros acordes fueron suficientes para que reconociera la canción. No solo sabía tocarla, sino que también se atrevió a cantarla. Su entonación perfecta me sorprendió. Mientras lo hacía, su mirada estaba fija en las cuerdas, las cuales acariciaba con destreza y delicadeza.

Now and forever

I will be your men

Cuando pronunció esas dos frases, lo hizo mirándome con esa sonrisa canalla que esbozaba con maestría. Era guapo, no lo iba a negar, guapísimo. Y decir que me acababa de dar cuenta, sería mentir, porque, aunque hubiéramos empezado con mal pie, tenía ojos en la cara y el chico era bastante apuesto. Moreno con el pelo algo largo, bonita sonrisa y ojos verdes. Era un poco más alto que yo y su cuerpo se intuía fibroso bajo la ropa.

Tocaba la guitarra con suavidad y cantaba en bajito. Lo hacía tremendamente bien. No podía parar de mirarle y escucharle. Me tenía hipnotizada.

Salí en busca de mi mochila, que descansaba en un rincón de la tienda. Saqué mi Polaroid y no dudé en capturar algunos momentos mientras él tocaba con tanta emotividad. Al notar mis intenciones, esbozó una sonrisa al principio, para luego concentrarse nuevamente en sus dedos y las cuerdas.

Cuando terminó la canción me miró, sonrió y dejó la guitarra a un lado para después volverse de nuevo hacia mí.

—¿Fotógrafa?

—Qué va, aficionada a la fotografía, nada más —negué con la cabeza—. Cantas muy bonito.

—Gracias.

—¿Te dedicas a ello?

—Uff —resopló—, ojalá. Mi vida la dedico por entero a esta tienda. Por eso estoy aquí esta noche. Durante la última tormenta, sufrió muchos desperfectos y perdí parte de los discos. En definitiva, esto es lo más cerca que voy a estar de la música.

—¿Por qué dices eso?

—¿Crees que alguien querría escuchar las canciones de un chico de pueblo? —preguntó tras dirigirme una mirada esquivada.

—¿Qué te hace pensar que no?

—No lo sé, supongo que también el hecho de no poder invertir en una maqueta, no facilita mucho las cosas.

Tragué saliva. Y me quedé pensativa mirando como la nieve caía sin descanso al otro lado del cristal.

—Que injusto —le devolví la mirada.

—Supongo que hay cosas a las que no todos podemos acceder. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Estudio derecho, es mi segundo año.

—Vaya. Una futura abogada. ¿Y qué tal? ¿Te gusta?

—¿Sinceramente?

—No esperaba menos de ti —respondió con una sonrisa ladeada.

—Estudio derecho porque mis padres piensan que es lo mejor para mí. Vengo de una extensa familia de abogados y no podía romper la línea sucesoria. Sin embargo, no imagino mi futuro entre despachos y juzgados.

—Y ¿esto lo saben ellos?

—Que va, en casa se armaría una buena —sonreí con desgana—. Como tú has dicho, hay cosas a las que no todos podemos acceder. Y elegir mi futuro, es una de ellas.

—Preferirías dedicarte a la fotografía ¿verdad?

—¿Tanto se me ha notado?

—Tu expresión mientras manejabas la cámara no era en absoluto la que tienes ahora —

susurró.

—En mi casa me han enseñado que es importante saber diferenciar el trabajo de los hobbies. Y está claro que, para ellos, la fotografía es solo eso, un hobby. O al menos eso me han hecho ver. ¿Qué opinan tus padres sobre tu afición a la música?

—Ellos saben que mi sueño sería dedicarme a ello. Pero también somos conscientes de las limitaciones que tenemos. ¿Entiendes? El dinero que podría costarme la maqueta, nos sirve para pagar las facturas. No podemos desperdiciar el dinero en eso.

—No sería desperdiciarlo.

—Igual si —se rascó la nuca—. Lo más probable es que mi maqueta pasara sin pena ni gloria por las discográficas. Hay muchos cantantes y poco espacio para todos.

—Eso no lo puedes saber, Zack.

—Me conformo con dar pequeños conciertos en el restaurante de Maggie. Que las personas del pueblo vengan a verme y se sepan alguna de mis canciones, ya es un sueño cumplido para mí.

Le dirigí una mirada llena de ternura. Sentía una profunda impotencia al ver cómo el dinero se interponía en su camino para perseguir sus sueños, mientras en mi hogar, mis padres malgastaban grandes sumas financiando una carrera que no deseaba hacer. En casa, el dinero era lo de menos, ya que mis padres ganaban una fortuna en el bufete de abogados.

—¿Te apetece un chocolate caliente? —me preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Oh, si, por favor.

Se levantó, cogió una taza que quedaba en lo alto de la estantería y de un termo, me sirvió un humeante chocolate caliente. La taza me encantó, era gris, grande, y con un reno precioso dibujado en blanco.

Chasqueé la lengua.

—Esperaba una taza con una de tus frases profundas —vacilé.

Se rio negando con la cabeza.

—¿Eres siempre tan ingeniosa o es que disfrutas vacilándome?

—Es evidente que lo segundo. No entiendo cómo puedes dudarlo.

Extendió la taza hacia mí, y la recibí, cálida, entre mis manos, como un regalo.

—Una cena de Navidad algo escasa, Hobbs. La próxima vez prometo confirmar mi asistencia —bromeé—. ¿No tienes ni un bizcochito ni nada?

Arqueó las cejas y se mordió el labio inferior. Su expresión indicaba claramente que estaba dispuesto a entrar al trapo.

—Lo siento, me dejé el marisco en el coche. Te había preparado hasta pavo asado relleno de salvia y cebolla.

—¿En serio? Qué detalle. —Me coloqué la mano en el pecho teatralmente—. Para la próxima traigo yo el champn.

—¿Para la próxima? ¿estás de coña? Si hay una próxima, apagaré todas las luces y llamarás a la puerta de al lado. Ahí vive el señor Madow. Un octogenario amante de la pesca, el golf y la natación sincronizada. —Fruncí el ceño—. Tranquila que no lo practica, que sé lo que estás pensando. Pasarás una Nochebuena preciosa, te lo aseguro, entre palos de golf, cañas de pescar y chicas con un bañador lleno de lentejuelas. Por no hablar de la cena, latas en conserva. Eso sí, de primera calidad.

—Muy sugerente, sí señor. Me has convencido.

Di un trago al chocolate. Estaba delicioso.

—¿En casa del señor Madow habrá chocolate como este? —pregunté mientras me lamía las comisuras de los labios— Está delicioso.

—Siento decirte que no. Si quieres uno como este, tendrás que ir a casa de la señora Hobbs.

Alcé las cejas.

—Si, a mi casa. Lo prepara mi madre.

Sonreí.

—Uff, entonces el señor Madow acaba de perder muchos puntos.



Estuvimos bromeando un rato sobre el tema, y aunque no lo creáis, cenar con el señor Madow también tenía algún punto positivo. Y uno de ellos era poder golpear la pared que quedaba junto a la tienda de música, y darle la Nochebuena a Zack a base de golpetazos.

Zack me contó que tenía una hermana pequeña y que su padre trabajaba en una fábrica de calzado a las afueras del pueblo. Su madre era ama de casa y cuidaba de la pequeña. Me explicó que la tienda no le iba mal, por lo menos podía pagar el alquiler y sacar algo de beneficio, ya que el local se lo había alquilado a un precio muy asequible, un señor que se había marchado a vivir a la ciudad y no quería tener el local cerrado. Su vida era austera, les daba para lo que le daba, y en ese momento entendí porqué no quería desperdiciar el dinero en una maqueta, cuando les hacía tanta falta para vivir.

Por mi parte, le conté que yo era hija única y que como ya le había explicado antes, mis padres eran abogados. Vivíamos en una zona acomodada de la ciudad y yo estudiaba en una universidad privada. Esto último me costó contárselo, puede que sintiera algo de vergüenza al hacerlo, porque él no podía luchar por su sueño por problemas económicos y en mi familia, en mi opinión, el problema era tener demasiado.

—¿Te apetece que pongamos algo de música? —preguntó al ver que no me sentía muy cómoda hablando de ese tema.

—Claro, sorpréndeme.

Me tendió su mano para levantarme y cuando la acepté, tiró de mí hasta quedar muy juntos. Demasiado. Algo me hizo cosquillas en mi interior.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté.

—Se me ocurren unas cuantas —respondió con voz grave.

—Estamos hablando de música, ¿verdad?

—¿De qué íbamos a estar hablando sino, Fisher?

Sonreí de manera descarada mientras contemplaba sus labios, de una forma bastante poco sutil. Tenía unos labios preciosos y, al notar mi mirada dirigida hacia ellos, se humedeció el labio inferior, el canalla. Le besé la punta de la nariz con delicadeza y después salí de la trastienda a sabiendas de que su mirada estaba puesta en mí.

Una vez fuera y que noté que se detenía detrás de mí, me giré con una, en mi opinión, muy buena idea.

—Ya que no podemos abrir regalos al amanecer. ¿Qué te parece si nos hacemos nuestro propio regalo?

Zack frunció el ceño, desconfiado.

—No te entiendo.

—A ver, no es tan difícil, tú me haces un regalo a mí y yo otro a ti —respondí con una amplia sonrisa.

Él miró a su alrededor para después mirarme a mí.

—Me va a costar elegir entre tantas tiendas que tenemos abiertas a nuestro alrededor.

—¡No seas tonto! —Le di en el hombro mientras me reía—. Solo hay que ser original y creativo.

—Yo no soy de eso.

—¡Claro que lo eres! Así que venga —animé mientras le cogía de las manos—. Vamos a intentar hacer de esta forzada noche juntos, algo divertido.

Zack acabó sonriendo y no poniendo resistencia a mi maravillosa idea.

—¿Y cuándo nos los entregaremos? —preguntó.

—Al amanecer.

—A ver, doña creatividad —dijo con sorna—, y ¿con qué lo envolvemos? No hay papel de regalo.

—Ays... ¿todo van a ser pegas? Déjame pensar... —respondí mientras miraba a mi alrededor buscando algo con lo que envolver—: ¡lo tengo!

Entonces me acerqué a la trastienda, donde había un perchero con nuestras cosas y salí con mis improvisados envoltorios.

—Aquí están.

Se las mostré y Zack alzó las cejas confundido.

—¿Nuestras bufandas?

—¿Por qué no?

—No sé...es raro.

—Todos lo somos y no por eso dejamos de ser útiles para algo.

—¿Otra frase profunda de taza? —entrecerró los ojos.

Me reí, no pude evitarlo.

—Venga, separémonos para que cada uno piense en el regalo.

—¿Separémonos? Cands ¿Te recuerdo que esta tienda tiene veinte metros cuadrados?

Le di un golpe suave en el hombro, fastidiada.

—¿Vas a poner pegas a todo lo que diga? Porque como sigas así, ¿sabes quién te va a hacer el regalo?, el señor Meadow.

—No jodas —se carcajeó—, prefiero que seas tú quien me lo haga.

—Perfecto. Así que deja de quejarte —dije dirigiéndome hacia una esquina de la tienda.

—¿Y yo era el mandón?

Me di la vuelta y le miré mal. Fingiendo estar ofendida.

—Anda, Fisher, quédate tú en la trastienda, allí hace menos frío. Yo estaré aquí, en el mostrador.

Le hice caso. Entré y me senté sobre el pequeño colchón sosteniendo mi bufanda entre las manos. No tenía la menor duda, después de lo que habíamos hablado, de lo que quería regalarle. Así que, sin pensarlo dos veces, me puse manos a la obra. No es que fuera de difícil elaboración, pero quería ponerle todo el mimo posible. Decidimos que hasta que los dos no lo tuviéramos preparado, ni yo podía salir de la trastienda ni él entrar.

Unos diez minutos después, ambos habíamos terminado y yo me moría por saber que me habría preparado él.

—Fisher, ¿te parece que los dejemos bajo el árbol?

—¡Si! Dame un segundo, que ya salgo.

Cuando lo hice, Zack estaba junto al ventanal que hacía de escaparate, frente a un original árbol de Navidad hecho de discos de vinilo. Al principio, cuando lo vi nada más llegar, me quedé callada, ya que no había suficiente confianza entre nosotros y él no parecía interesado en establecerla. Sin embargo, en ese momento, decidí comentárselo.

—Me parece precioso y muy original. ¿Lo has hecho tú? —pregunté con curiosidad.

—Así es—respondió con una sonrisa orgullosa mientras lo admiraba—. Lo vi en una revista de música y me pareció buena idea hacerlo.

—Ha tenido que llevarte mucho tiempo.

—Bah, no. Solo ha sido tiempo invertido en algo que me gusta. El tiempo que inviertes en algo que disfrutas, no es tiempo perdido.

Arqué una ceja con una sonrisa irónica en mi rostro. En ese instante, él comprendió de inmediato lo que cruzaba por mi mente.

—De acuerdo, si, otra frase de taza.

Ambos nos reímos. Era curiosa la complicidad que estábamos adquiriendo a medida que pasaban los minutos.

—Tendríamos que plantearnos seriamente el montar un negocio de tazas con frases. Las tazas motivadoras, podríamos llamarlo —propuso.

Fruncí el ceño divertida.

—Las tazas motivadoras no me convence del todo, se me queda algo corto.

—Sorpréndeme.

Apoyé el dedo índice y el pulgar en mi barbilla, contemplando el techo y reflexionando sobre qué podría agregar al nombre propuesto por él. Entonces, tuve una idea. Por un momento me sentí como Einstein resolviendo uno de sus enigmas.

—¿Qué te parece..., tus tazas motivadoras: un sorbo, una inspiración?

Asintió con la cabeza al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Suenan bien.

—Lo sé —respondí orgullosa.

Se rio ante mi descaro.

—El mundo se está perdiendo a un par de prometedores empresarios —dijo él.

—Ni que lo digas. Tú harías la banda sonora del anuncio y yo las fotos. La creación de frases, a medias.

—Me gusta.

—Nos forraríamos y luego, en casa, disfrutaríamos de tazas de Mr. Wonderful, porque ya estaríamos hartos de ver las nuestras.

Zack se carcajeó echando la cabeza hacia atrás. Tenía una risa muy atractiva, y ver como su nuez subía y bajaba como un ascensor, me hizo cosquillas en el estómago.

—Es coherente, sí.

Entonces nos quedamos mirando y las sonrisas se borraron. Algo se encendió entre nosotros en ese momento. No sabía decir con exactitud que lo provocó, pero fue como cuando enciendes un interruptor y todo se ilumina, pues más a menos. Zack resultó ser toda una caja de sorpresas, y a medida que se abría ante mí, despertaba en mí una creciente curiosidad.

Un bostezo rompió el momento tan intenso que estábamos viviendo. Las horas que eran empezaban a hacer florecer el cansancio.

—¿Te apetece dormir? —preguntó buscando mi mirada.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

—No tienes que hacerte la dura conmigo, Fisher.

Sonreí. Me encantaba que me llamara por mi apellido. Y aunque me fastidiara admitirlo, Zack, con cada sonrisa y cada palabra, estaba desatando todo un desfile de mariposas en mi estómago.

—No pasa nada si quieres hacerlo —añadió—, en serio, ven conmigo, te tumbas y al menos allí tendrás menos frío.

Empezó a caminar hacia la trastienda. Le seguí y me senté en el colchón.

—Voy a hacer unos papeles en el mostrador, ¿vale? Vengo en unos minutos. Túmbate y descansa.

—Está bien, me voy a tumbar un poco, pero prefiero no dormirme. Te espero aquí despierta ¿te importa?

—Para nada. Como tu estés mejor. Si necesitas algo, estaré aquí fuera.

—De acuerdo. Gracias.

Le observé salir de la trastienda. Llevaba una sudadera negra con capucha que le sentaba de maravilla y unos vaqueros azules que le quedaban aún mejor. Era un tipo atractivo, amable, algo

canalla y encima tocaba la guitarra y cantaba como los ángeles. Tenía que tener algún defecto. Quizás tenía seis dedos en cada pie o roncaba como un trueno por las noches. Pero en ese momento, me daba igual; no tenía intención de hacerle un examen de pies ni de escuchar sus ronquidos. Preferí quedarme con su sonrisa.

Me tumbé acurrucada en el colchón y coloqué el brazo bajo la cabeza como almohada. Miré a mi alrededor y me fijé en las pequeñas luces que colgaban del techo, como si fueran estrellas. A través de la ventana se veía la nieve caer con furia, azotada por el viento. Impresionaba verlo. Hubiera sido una temeridad, como me advirtió mi tía, quedarme en el coche a la espera de que la tormenta amainara.



Al final, sin ser consciente, me quedé dormida un rato, no sabía exactamente cuánto, y cuando desperté, algo desorientada, estaba arropada con un abrigo que no era mío. Era más grande, más cálido, y olía a él. Por si fuera poco, descubrí que Zack, además de tocar la guitarra, cantar bien y estar bueno, tenía el don de hacer que un abrigo suyo fuera el mejor edredón improvisado.

Zack estaba frente a mí, con la espalda apoyada en la pared. La guitarra descansaba entre sus manos mientras sus dedos danzaban sobre las cuerdas, creando una melodía suave. Cantaba con una voz apenas audible, como si no quisiera despertarme. Aunque no lograba distinguir la canción, me dejé llevar por la armonía.

—Hola —dije en un susurro sin moverme un ápice.

Zack alzó la mirada, dejó de tocar y me sonrió. Y yo me derretí como lo haría en unos días la nieve que caía fuera.

—Buenos días —musitó.

—Lo siento, no quería dormirte y dejarte solo —me froté los ojos—. ¿He dormido mucho?

—Que va —respondió mientras consultaba su reloj—. Apenas una hora. No te preocupes.

—¿Tocabas?

—Componía.

Me incorporé despacio y quedé sentada, arropándome con su abrigo. La temperatura en la tienda era agradable gracias a la pequeña estufa eléctrica en la trastienda, pero aun así, me sentía reconfortada con la calidez del abrigo de Zack.

—Continua —dije en un susurro.

—No —negó con la cabeza—, no quiero aburrirte.

—No lo haces.

—¿Segura?

—Segura.

Entonces fui testigo de cómo Zack cantaba, se detenía, tocaba de nuevo y anotaba algo en su cuaderno. Una y otra vez. Era fascinante observar su pasión por la música y su dedicación a cada acorde. La luz tenue de la trastienda y el sonido suave de la guitarra creaban una atmósfera mágica. Me sentía afortunada de estar allí, compartiendo ese momento único en medio de la tormenta de nieve.

—¿Quieres escuchar lo que llevo de la canción? —preguntó con cierta inseguridad.

—Por supuesto, me encantaría.

Entonces comenzaron a sonar unos cuantos acordes en la guitarra, mientras él no despegaba la mirada de sus dedos ágiles. Tenía unas manos muy bonitas. Sus dedos eran largos y fuertes, y tenían un aspecto muy masculino.

La canción hablaba de futuro, de deseos, de frustración. Intuí que era una metáfora de su vida. De querer dedicarse a algo que él sentía tan lejano. Mientras lo escuchaba, me di cuenta de que cada nota era una expresión de sus sueños, y eso hizo que el momento fuera aún más especial.

Dejó de tocar cuando yo estaba inmersa en mis cavilaciones.

—¿Qué te parece? ¿Te ha gustado? Aún no está acabada, y bueno...—Se acarició la nuca algo introvertido.

—Me ha encantado —le interrumpí—. Estoy segura de que va a ser una canción espectacular.

—Eso es porque tú me miras con buenos ojos.

—De eso nada. Si me considero algo es sincera. Tanto que a veces me ha jugado una mala pasada serlo.

—Además de irónica —añadió burlón.

—Eso lo incluyo en el pack de sincera. Y ¿sabes una cosa? Que muchas veces mi forma de ser espanta a los chicos.

—¿Qué? ¡No! ¿En serio? A mí me encanta como eres. Quiero decir —carraspeó—, que valoro mucho la sinceridad, que alguien me haga sonreír. No sé... no entiendo como eso puede espantar a alguien.

—Hobbs, ¿acabas de confesar como si nada, que te atraigo?

—¡Venga ya! Solo he dicho que me gustaría que mi pareja fuera alguien con tu forma de ser.

—Siento decirte que no lo estas arreglando.

—Fisher...

—¿Qué? Si no pasa nada. Además, tú también me pareces un tío atractivo. Eres majo.

—¿Majo?

—Y atractivo, no lo olvides —le guiñé un ojo.

Zack me miró con media sonrisa bailando en sus labios. Tenía unos ojos preciosos, que decían más que lo que pronunciaba su boca.

—¿Qué me dices de ti? —pregunté— ¿Enamoras a las chicas de aquí con tu voz rota y aspecto de cantante solitario?

Se carcajeó.

—¿En serio? ¿voz rota y cantante solitario? Desde luego que no dejas de sorprenderme.

—Te aseguro que esa imagen es bastante rompecorazones. Si yo fuera una de esas chicas, estaría todo el día aquí, en la tienda, disimulando que busco algún disco, cuando en realidad la mirada va dirigida al dueño.

—Cuidado, Fisher, eso suena a que te gusto un poco.

—Tengo ojos en la cara. No voy a negar lo evidente, Hobbs. La vida es demasiado corta como para estar dando rodeos. ¿No crees?

Asintió con la cabeza.

—En ese caso, si la cosa va de ser sinceros, he de reconocer que tú también eres preciosa.

—Guau, te gusta mi forma de ser y además soy preciosa... esto se está poniendo peligroso, Hobbs.

—En absoluto, no creo que el problema aquí ahora mismo sea el peligro.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y cuál es entonces?

—Que, si vamos a ser sinceros, lo vamos a ser con todo.

—¿A qué te refieres, exactamente?

—A ue me encantaría besarte.

Eso sí que me pilló por sorpresa. Me consideraba una chica receptiva, abierta de mente, pero él parecía más tímido, sin embargo, cuando dijo eso, me dejó fuera de juego. Entonces, tiré de ironía.

—Y ¿vas a hacerlo con la guitarra entre las manos? ¿Me lo vas a lanzar desde la distancia? No se me da muy bien pillarlos al vuelo.

Entonces, con una sonrisa de lo más canalla y atractiva, dejó la guitarra a un lado. Se levantó y se aproximó hasta mí. Se sentó a mi lado y tras colocar con delicadeza sus manos sobre mis mejillas, se acercó lentamente y me besó. Un ligero roce en los labios. No pude evitar dar un ligero mordisco a su labio inferior, era carnoso, suave. Zack sonrió sobre mis labios, y entonces introdujo su lengua con cautela en mi boca. Lo recibí con agrado, y en ese momento, ambos empezamos a besarnos con calma, pero recorriendo cada parte de nuestra boca con la lengua. Besaba de maravilla. Se detuvo un segundo para mirarme, rozar su nariz con la mía y volver a besarme.

No supe el tiempo que pasamos regalándonos besos y caricias superficiales, pero fue bonito, muy bonito. Las últimas veces que había estado con algún chico, todo había sido más salvaje, más directo. Esto era la primera vez que me pasaba. Ese mimo, ese cuidado, como si yo fuera una copa de cristal que pudiera romperse ante cualquier movimiento más brusco de lo normal.

Entonces, de nuevo otro golpe de viento tan fuerte que nos hizo dar un respingo. La ventana de la trastienda estalló y como un impulso, Zack me cubrió con su cuerpo. Asustada y acurrucada junto a él, asomé la cabeza. Al hacerlo, sentí un frío helador.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado poniendo las manos sobre mis hombros.

—Sí, ¿qué ha pasado?

—Joder, la ventana —maldijo mientras se levantaba y apartaba los cristales con las botas.

Me puse sus zapatillas, me levanté y me coloqué a su lado cogiéndole del brazo.

—Ten cuidado, Cands, hay cristales por todos lados.

Entonces, lo primero que hizo fue coger su abrigo y ponérmelo sobre los hombros.

—Cúbrete, entra mucho frío.

Tras farfullar un par de palabras que no llegué a entender, salió de la trastienda y pocos segundos después, volvió con un cartón en la mano y un cepillo de barrer.

—Déjame ayudarte —propuse.

Tomé el cepillo de entre las manos de Zack y comencé a barrer los cristales que se esparcían por el suelo de la trastienda. Mientras tanto, él aseguraba un cartón sobre la ventana, cubriéndola por completo y fijándolo con cinta adhesiva.

—Espero que aguante.

Después desenchufó el calefactor, sacudió el pequeño colchón y cogió ambas cosas.

—Vamos Fisher, nos mudamos.

Me reí.

—¿Ya nos vamos a vivir juntos? ¿Tan pronto? —caminé tras él— ni siquiera has hablado con mis padres todavía.

Intuí la sonrisa en sus labios.

—He encontrado un piso barato para los dos. Estaremos bien, te lo aseguro. Tus padres estarán encantados de que vivas con un tipo tan majo como yo —dijo girando el rostro y dedicándome un guiño.

—Es muy estricto.

—¿Mucho?

—Demasiado, piensa que soy su única hija.

Dirigiéndose a un rincón de la tienda, apartó un expositor de discos y desplegó el colchón. Al lado, conectó el calefactor. Luego, con cierta melosidad, me tomó con firmeza por la cintura, haciéndome retroceder unos pasos hasta chocar con uno de los expositores.

—¿Le digo también a tu padre que me muero por volver a comerle la boca a su hija? —curioseó para después morderme el labio inferior.

—Creo que hay información que no es necesario que tenga —susurré sin separarme de su boca.

—¿No? —preguntó tras dar un lametón a mi lóbulo de la oreja.

—Con el calor que me ha entrado, puedes apagar el calefactor cuando quieras.

Zack se carcajeó y me dio un beso en la punta de la nariz. Me había dejado ardiendo con ese comentario.

—Dame un segundo —dijo mientras se daba la vuelta y se marchaba camino de la trastienda.

Me quedé de pie junto al colchón, mirando como caminaba, con la sonrisa tonta como si

estuviera protagonizando una película romántica. No sabía si era la conexión o simplemente la tormenta de nieve, pero la situación estaba alcanzando niveles épicos de coqueteo.

Apenas un minuto más tarde, vi como salía de la trastienda, con un par de tazas en las manos. Se acercó y se quedó a un palmo de mí.

—Ten, chocolate caliente. Tienes que estar helada —ofreció tendiéndome la taza acompañada de una sonrisa.

—Gracias, Zack. Pero ahora te toca esperar a ti un momento.

Me acerqué a la trastienda a por mí abrigo y a por mí cámara de fotos. Entonces, nada más salir, me acerqué hasta él, que sostenía las tazas en ambas manos y nos hice un *selfie*.

—¿Se puede saber qué es lo que haces? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Nos fotografío, ¿no lo ves?

Tras el *clic*, la imagen empezó a salir de la cámara. La saqué, la agité para que se secara y la deposité sobre el estante.

—Esa foto me la voy a quedar yo, lo sabes ¿no? —afirmó mientras miraba como la imagen se iba viendo en la foto.

Así que, sin dudarlo, nos hice otra. No iba a prescindir de la mía. Después, le devolví su abrigo.

—Ten, hace mucho frío —dije imitando su voz cuando me lo había prestado.

Sonrió, dejó las tazas en el mismo estante que la foto y se acercó a mi despacio.

—Ven aquí, Fisher.

Me sujetó por la cintura para atraerme hacia él y tras rozar su nariz con la mía, besarme de nuevo. ¿Quién iba a decir que mi Nochebuena se convertiría en un espectáculo mágico al obedecer a mi tía y tocar la puerta de esa tienda?



Estaba amaneciendo, lo vimos a través del escaparate mientras disfrutábamos de la música de un vinilo de ABBA, tumbados y abrazados en el estrecho colchón. Era evidente que la tormenta amainaba y para qué negarlo, daba menos miedo con algo de luz en el horizonte.

Zack y yo habíamos estado disfrutando el uno del otro, regalándonos muchos besos, caricias, pero todo despacio, con calma, sin necesidad de dar un paso más allá. Disfrutamos de nuestros labios, de nuestras manos paseándose por nuestro cuerpo. Me levanté para dirigirme al baño, pero al salir, me detuve frente a la cristalera de la tienda, observando el paisaje que la nieve había pintado en el pueblo.

—Es bonito, ¿verdad? —dije al tiempo que notaba los brazos de Zack rodearme por la cintura y apoyar su cabeza en mi hombro.

—Lo es.

—No sé qué tienen los paisajes nevados... son mágicos.

—Supongo que el brillo que desprende la nieve le da una luz especial.

Me di la vuelta y quedé frente a él, colocando mis manos alrededor de su cuello.

—Ya ha amanecido. ¿Crees que podríamos darnos ya los regalos?

Asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa preciosa.

—¿Nos regalamos nuestros deseos? —preguntó.

—Sí, tengo curiosidad por ver que me vas a regalar.

Frunció el ceño divertido.

—No es que no me fie... pero a ver... después de quejarte tanto por no tener papel de regalo...

—Te puedo demostrar que puedo ser muy creativo cuando quiero —alzó las cejas un par de veces de manera travies y divertida.

—Venga ya, Hobbs, menos lobos.

Y riéndome, fui directa al árbol de Navidad de discos de vinilo, donde habíamos dejado nuestros regalos. Cogí el mío, detrás de mí, Zack hizo lo mismo con el suyo y fuimos de nuevo a nuestro rincón a sentarnos en el colchón.

—Tú primera.

—¿Si? ¿Seguro?

—Claro. Lo estás deseando.

—Pues no te voy a engañar, tengo muchísimas ganas.

Empecé a desenvolver mi regalo, apartando con cuidado partes de la bufanda. Tenía una inmensa

curiosidad de ver qué se le había ocurrido a Zack regalarme por Navidad y qué deseo tenía para mí.

Me salió una carcajada espontánea cuando descubrí que mi regalo era la taza navideña del reno.

—Dale la vuelta —indicó.

Y al girarlo, una frase, escrita a mano. Su letra.

“Nunca dejes que nadie te prohíba ser como eres, Cands”

Era precioso, el regalo, la frase, él. Todo. No podía creerme que alguien a quien había conocido hacía apenas unas horas, conectara conmigo de esa manera tan especial.

—Estás muy callada —dijo buscando mi mirada—, ¿estás bien?

Salí de mis cavilaciones, y le miré.

—Eh...sí, sí. Estoy bien. Es solo que... —parpadeé un par de veces rápido buscando las palabras adecuadas.

—Cuéntamelo.

—Lo que has escrito es... no sé... me he sentido tan rechazada en tantas ocasiones por ser como soy...—bajé la mirada.

—Ey, eres increíble —dijo sosteniendo mi barbilla con sus dedos—. Feliz Navidad, Fisher.

Y me besó. Sonreí sobre sus labios.

—Feliz Navidad, Hobbs.

Nos miramos durante unos segundos, hasta que recordé que él aún no había abierto el suyo.

—Venga, ábrelo. Aunque te advierto que has dejado el listón muy alto.

—Seguro que es perfecto.

Deshizo las dobleces de la bufanda, hasta que descubrió mi regalo. Una foto suya tocando la guitarra, una imagen que le había sacado en la trastienda. En ella, tenía los ojos cerrados mientras cantaba y tocaba. Su gesto lo decía todo, la pasión que ponía cuando lo hacía. Se dejaba la piel, el alma.

Zack miró la foto, como si la escrutara, observando cada detalle. No decía nada.

—Dale la vuelta —indiqué como antes él lo había hecho.

Giró la foto y leyó la frase que le había escrito detrás. Mi deseo navideño para él.

“Lucha por lo que quieres, Zack, siempre habrá una oportunidad esperándote”

Puso una de sus manos en mi nuca, me atrajo hacia él y me besó la sien. Después volvió a poner su atención en la imagen.

—Yo...tampoco sé que decir.

Se mostraba emocionado, pero a la vez contenido.

—Parece que no estamos acostumbrados a que nos digan cosas bonitas —dije intentando quitar un poco de intensidad a la situación.

Se frotó la frente.

—Es que... tengo la sensación de que nos conocemos de toda la vida.

—Puede que coincidiéramos en otra vida y no lo recordemos. En una en la que tú eras una estrella en la música.

—Y tú una importante fotógrafa.



La nieve había dejado de caer y el viento de rugir como lo había hecho durante toda la noche. El sol ya empezaba a lucir, y las quitanieves comenzaban a retirar todo aquel montón de nieve que se había acumulado durante la tormenta.

Zack y yo habíamos abierto la puerta de la tienda y con una pala, él retiraba parte de la nieve que cubría su entrada. Yo, que como comenté al principio, no venía equipada con lo necesario para una tormenta de nieve, aunque hubiera venido sobre aviso y mi mente intentara negar lo evidente, para estar antes mona que abrigada, me quedé dentro. Paseé entre los discos y cuando encontré el de Richard Marx que incluía la canción de *Now and forever*, no pude evitar sacarlo y ponerlo en el tocadiscos.

Cuando los primeros acordes comenzaron a sonar, miré a Zack y vi cómo se daba la vuelta, me miraba y me dedicaba una sonrisa. Me sonrojé. Porque al instante en mi cabeza empezaron a brotar imágenes de la noche que habíamos pasado juntos. Pero, pronto tendríamos que despedirnos. Yo iría a casa de mi tía Agnes y después volvería a la ciudad. Probablemente no volviéramos a vernos hasta que volviera aquí de nuevo, pero no pensaba que fuera en un tiempo muy cercano. Y me daba pena, porque Zack era un chico al que valía la pena conocer, me lo había demostrado a lo largo de la noche. No quería perder el contacto con él, y tenía más que claro que lo que habíamos disfrutado juntos esa Nochebuena, no lo iba a olvidar jamás.

Me cambié las zapatillas y los calcetines de Zack por los míos y mis nada acertados botines de tacón. Me coloqué el gorro de lana gris y tras coger mis cosas, me dispuse a avisarle de que era momento de marcharme.

El eco de mis tacones resonando con cada paso hacia la puerta me delató. Zack se giró y al verme, trinchó la pala en la nieve y entró en la tienda. Se quitó el abrigo y el gorro negro en silencio y los apoyó sobre el mostrador. Después de acercó a mí y puso sus manos en mi cintura para después apoyar su frente en la mía.

—Quédate —dijo en un susurro.

—Sabes que no puedo. Tengo que ir a casa de mi tía Agnes.

—¿Qué harás después?

—Pasaré el día con ella y después volveré a la ciudad.

—¿Por qué no te quedas algún día más aquí, conmigo?

—Tengo cosas que hacer, Zack.

—¿Tan importantes como para dejar a un pobre chico de pueblo tocando solo la guitarra?

—¿Te refieres a ese pobre chico con aspecto solitario, que acabará triunfando en el mundo de la música?

Arrugó la nariz con una sonrisa.

—Aspecto solitario puede ser, pero lo de triunfar...

—Lo vas a conseguir. Triunfarás, a tu manera, pero lo harás.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hace falta llenar estadios para triunfar. Si para ti hacerlo es grabar una maqueta, lo conseguirás. Ya lo verás. Solo tienes que luchar por ello y sé que lo harás. Además, sería la primera en estar en las firmas de discos.

—¿En plan fan obsesiva?

—Totalmente. Con una camiseta con tu cara, pancarta en que la pusiera: quiero un hijo tuyo. Me firmarás el sujetador y no lo lavaré en la vida.

Una carcajada sonora inundó la tienda.

—¿En serio? igual me escondo si te veo llegar.

—No te preocupes, te encontraría —susurré achicando los ojos.

—Eres increíble, ¿lo sabes, Fisher?

—No más que tú, Hobbs.

En esa ocasión, fui yo la que le besé a él.

—Debo irme. Mi tía me estará esperando.

—Déjame que hable con Chuck.

—¿Con quién?

Sacó el teléfono del bolsillo y se acercó a la puerta en busca de cobertura.

—Chuck, conduce una quitanieves —aclaró—. Podrás ir detrás de él hasta casa de tu tía. Así me aseguraré de que llegues bien.

Me acerqué a su espalda mientras sostenía el teléfono en su oreja, y le abracé. Apoyé mi cabeza en su hombro y giró la suya para darme un beso en la sien. Chuck respondió a su llamada, porque Zack comenzó a hablar. Tras intercambiar un par de frases, colgó.

—Ya está —dijo guardándose el teléfono de nuevo en el pantalón y dándose la vuelta para quedar frente a mí—. Arreglado. En unos minutos estará aquí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme pasar una de las mejores y curiosas Nochebuenas de mi vida.

Sonrió y besó la punta de mi nariz.

—Ha sido un placer, Fisher. Puedes venir cuando quieras. He de reconocer que para mí también lo ha sido. Una nochebuena diferente.

—Y mágica.

—Hasta hemos tenido regalo de papá Noel.

—Si —me reí— Regalos originales.

—Y especiales. —Volvió a besarme—. ¿Volverás?

—Es posible.

—Me encantaría, Cands.

—¿Cands? ¿Ya no soy, Fisher?

—Para lo que quiero decirte, prefiero llamarte Cands.

—Me estás asustando. ¿Vas a hincar rodilla?

Soltó su agarre a mi cintura para separarse un poco y cogerme de las manos. Se tomó unos segundos antes de empezar. Primero miró mis manos y después, alzó la vista para ponerla sobre mis ojos.

—Quiero que sepas que eres una mujer increíble, que aunque tus padres te sugieran que es mejor la abogacía que la fotografía, sé que vas a luchar por buscarte un hueco en ese mundo. Que no puedo lograr entender a esos chicos que dices que huyen de ti porque no entienden tu forma de ser. Será que tienen miedo de que tengas formada tu propia opinión y no te calles nada. Eso a mí, me fascina. Y que me gustaría volver a verte. No perder el contacto contigo. Sé que es difícil, la distancia lo hace así, pero que al menos lo intentáramos. Ha sido un regalo poder conocerte, Cands. Mi deseo para ti es que no te rindas, pero mi deseo navideño es tenerte siempre en mi vida. De la manera que sea. Pero tenerte.

Se me erizó la piel. Me estaba diciendo cosas tan bonitas que era imposible mostrarse impasible ante ello. Zack era bonito por fuera, pero lo era más por dentro.

—Ahora me toca a mí, Zack —remarqué su nombre como él había hecho con conmigo antes—. Eres un chico especial, y lo vas a ser siempre para mí. El haberme abierto la puerta de tu tienda, de tu vida, sin conocerme de nada, me ha demostrado mucho. Me has ofrecido lo que tenías, has compartido todo conmigo, y me has demostrado que alguien como tú es necesario tenerlo cerca. Yo tampoco quiero que nos alejemos, aunque tengamos que hacerlo físicamente. Ojalá y podamos volver a coincidir porque ahora mismo es lo que más deseo. Mi deseo navideño es ese, volver a verte. En persona. Y que me vuelvas a abrazar como lo has hecho esta noche. He entendido porque mi tía me dijo que aquí me tratarían bien. Te conoce y es afortunada de poder verte a diario.

Nos quedamos mirando unos segundos, sin hablar, pero diciéndonos cosas que, al menos yo, no me atrevía a decir en alto. Algo como que me gustaba, que me había quedado prendada de él y que no quería irme sin pasar más tiempo juntos.

—Hobbs, ya estoy aquí —dijo alguien desde la puerta.

—Eh, si, gracias Chuck. Danos un minuto. Enseguida vamos.

—Claro, os espero fuera.

Volvió la mirada hacia mí y rozó juguetón su nariz con la mía.

—Ha llegado el momento —dije.

—Fisher, aunque me joda reconocerlo me has dejado tocado —admitió con media sonrisa—
¿Quién me lo iba a decir a mí?

—Tú que pensabas pasar la noche aquí solo y tranquilo.

—Y ha tenido que venir la ironía con botines, en persona, a verme.

Sonreí.

—Cuídate, ¿vale? —dijo.

—Lo haré, señor mandón —le besé.

—Agradéceme que no tengas hoy una pulmonía.

—Lo sé. Tienes razón. Besaré tus pies cuando vuelva a verte.

Sonrió ante mi comentario. Pero según me miraba, su gesto iba transformándose en más serio.

—Colgaré nuestra foto donde pueda verla todos los días.

—Te cansarás de verme la cara.

—¿Eso crees? —respondió alzando una ceja de manera canalla.

Era evidente que ninguno de los dos queríamos despedirnos. Podríamos estar así, abrazados y hablando, todo el día. Así que tuve que obligarme a poner distancia.

—Tengo que marcharme, Zack —murmuré retirando mis manos de su nuca y dando un paso para atrás.

—Si. Si no Chuck terminará por marcharse.

Cogí la mochila, me la puse en el hombro y caminé hacia la salida con Zack detrás de mí. Cuando salí noté como él me cogía de la mano y caminaba junto a mi hasta mi coche. Una vez llegamos hasta él, quedamos uno frente al otro.

—Ten cuidado —dijo tras poner su mano en mi nuca y depositar un beso en mi frente.

—Lo tendré. Te escribiré cuando esté en casa de mi tía.

—Gracias.

Abrí la puerta del coche y tras acercarme, darle un abrazo y devolvérmelo con fuerza, me adentré en él. Zack cerró la puerta con cuidado y después, con las manos en los bolsillos del abrigo, se quedó esperando a que me marchara. Cuando lo hice, vi por el espejo retrovisor que alzaba una

de sus manos para despedirse.

Esa Nochebuena había estado repleta de sonrisas, de confesiones, de miedos, de besos, de música, de bromas, de chocolate caliente, de fotografías, de frases profundas... pero, sobre todo, lo que había habido, eran buenos deseos.

Nuestros deseos navideños.



4 años después...

ESTRENA SU PRIMER DISCO
TITULADO: NUESTRO DESEO NAVIDEÑO

ZACK HOOBS



**25 de diciembre
en la sala Morris**

presentado por la
prestigiosa fotógrafa:
Cands Fisher

Otras novelas de la autora

